

1. Pon un objetivo en tu vida

Me llamo Almudena Cortázar, tengo 37 años y soy una triunfadora. Prefiero decírtelo yo misma a que lo descubras por tu cuenta y te mosquees conmigo. Terminarías odiándome, como el resto de los mortales. No se me perdona que lo haya conseguido todo en la vida. Que sea atractiva, delgada y superinteligente. Que sea una auténtica *superwoman* con despacho propio, secretaria personal, ocho mil euros al mes más dietas, un *loft* en Príncipe de Vergara, un Audi TT Coupé que te cagas y una agenda llena de tíos que se mueren por echarme un polvo. Ya ves que lo tengo todo a favor. Por eso puedo permitirme el lujo de decir lo que me sale de los ovarios. Estoy dispuesta a desmitificar de una vez por todas a esas heroínas frustradas, acomplejadas y sin autoestima que triunfan en las series de televisión haciéndose la víctimas porque son gordas y no ligan. Ellas se lo han buscado ¿O te crees que a mí no me vuelven loca las croquetas, las empanadillas, las bravas, las *pizzas* cuatro quesos y los bocadillos de tortilla de patatas?

Sí, me gustan a morir. Y mejor no hablamos de los postres de autor y de la bollería. Que sepas que la bollería (en cualquiera de sus manifestaciones) es mi pesadilla erótica más recurrente. Y eso que he olvidado casi por completo el exquisito dulzor que se expande por la boca, desde el cielo del paladar hasta propiamente el garganchón, cuando revienta entre tus fauces el corazón mismo de una napolitana de chocolate. Reconócelo, eso tam-

bién es un orgasmo, amiga. Pero (por multiorgásmica y adicta que seas) mi consejo es:

Cálzate un cilicio y vence la tentación.

Mejor adicta al sexo que al chocolate. Por supuesto, soy una insobornable y disciplinada kamikaze de la dieta del cucurucho. Supongo que no hace falta que especifique. Y si no sabes cuál es la dieta del cucurucho, es que estás muy *out*, así que ponte al día. No esperes entre estas líneas ni una sola lágrima ni una puta queja. ¡Que le den por el culo a Bridget Jones, por comedora compulsiva, por lerda y por imbécil!

A mí también me ha costado un esfuerzo sobrehumano prescindir de todo eso para llegar a la cumbre de la pirámide social, y no voy gimoteando por las esquinas.

¡Ey! Despierta, tía, se acabó el cuento de la Cenicienta. Las hadas no existen y los *coaches* que escriben libros de autoayuda son unos vendedores de bragas desaprensivos a quienes les importas una mierda. Les daría igual escribir exactamente lo contrario si supieran que eso les garantiza la venta de los 25 000 ejemplares que, como mínimo les exige el sátrapa de su editor.

Todo autor de libro de autoayuda es un mercenario a sueldo, colega. No creen en Dios ni en la Psicología, ni en las terapias de grupo, ni en el lenguaje no verbal, ni en el *feng shui* ni en la madre que parió a Sigmund Freud. Y saben perfectamente que, en la vida, la suerte te la buscas tú y que plantarte cada mañana frente al espejo con cara de tarada mental repitiendo: «Hoy puede ser un gran día,

mis energías astrales me acompañan», y chorradas parecidas, es una paja mental que lo único que consigue es frustrarte y desquiciarte cuando te das cuenta de que lo has repetido doscientas veces y sigues igual de jodida.

Créeme, lo saben muy bien pero nunca te lo dirán, porque son muy políticamente correctos y muy putas.

Por eso estoy yo aquí, para ayudarte a sobrevivir en la jungla de la vida.

Lo primero que tienes que hacer es marcarte un objetivo. Sin objetivos no vas a ningún sitio. Recuerda que un diamante es para siempre y encima se lo tienes que agradecer al tuercebotas de tu exmarido. Los objetivos los cambias cuando te la da gana y no tienes que dar explicaciones a nadie. Y hazme el favor de no confundir objetivos con sueños. Los objetivos se cumplen, los sueños no se cumplen jamás. Y hazle ahora mismo un corte de mangas a Paulo Coelho que lo de: «Persigue tu sueño, que el universo conspirará para que lo consigas», ni de coña, tío. Ya te digo yo que ahora mismo el universo tiene *overbooking* de pardillos. Y toma nota de esto:

Si para escapar de la mediocridad es necesario pisarle los huevos al que tienes al lado, ni lo dudes, pisa a fondo.

Y si llevas *stiletto*s, mejor. No me vengas con escrúpulos baratos ni vayas por la vida de mosquita muerta y beata meapilas con el rollo del karma y el *boomerang* ese que te devuelve lo que envías a los demás. No me seas patética, tía.

Mírame a mí.

Mírame si tienes huevos.

Noventa, sesenta, noventa, *clavaos, niquelaos*. Y, sin embargo, pendiente de pasar por el quirófano. Sí, amiga, la excelencia no tiene límites. Voy a operarme las tetas. Tú lo has dicho, a pesar de que soy «casi» perfecta. Pero ese «casi» ya me toca mucho las pelotas. Ahora mismo necesito el canalillo de Kim Kardashian y tengo pasta para pagármelo. ¿Qué pasa? ¿Algo que objetar? Bastante mejor lo voy a lucir yo que esa enana hortera que va de *it girl* por la vida con su metro cincuenta y nueve en canal y su ciento veinte de tetas. Me dan lo mismo todos los Giambattista Valli y Elie Saab que se ponga. Le quedan como el culo. Yo, con una ciento diez, y la esbeltez de mi metro setenta, voy a estar de muerte.

This is my life. Tengo mi método y mi rutina, que jamás sacrifico ni altero.

Acabo de desayunar un bol enorme de deliciosa leche de almendras, estríñe un poco, eso sí (a mí me viene genial porque soy de intestino flojo, herencia de mi madre), un mix de cereales hidrogenados y un puñadito de nueces. Puñadito, no te pases, que tu báscula de baño tampoco cree en Dios ni se va a compadecer de ti.

Me he duchado con un gel de jengibre increíble y maravilloso. Recuerda que todo lo bueno es caro. Ya te puedes ir comprando un cuaderno de tapas duras para apuntarte este tipo de frases:

Todo lo bueno es caro.

Pero se notan las dos cosas: que es bueno de cojones y que vale un pastizal.

Después de la ducha, la correspondiente sesión de crema hidratante (no olvides rodillas y codos: es donde primero se acusa el paso del tiempo) y tu toque de perfume. Algo suave con reminiscencias florales. Valentino Donna, por ejemplo. Un maquillaje ligero, una chaqueta Armani de alpaca gris marengo, un vaquero Dolce & Gabbana y la camisa blanca Oxford impoluta. Taconazos sin plataforma. No hay nada más cutre que la plataforma, ni siquiera el chándal. (Bueno rectifico, si las plataformas son de Jimmy Choo, puedes llevarlas).

Este es más o menos mi uniforme de trabajo. Cero joyas, en todo caso, alta bisutería, o plata bañada en rodio y ese tipo de complementos. Swarovski, dorados, piedras, circonitas, perlas... jamás, ni harta de vino. Y, *voilà!* ¡Perfecta!

El resultado final es un híbrido de Angelina Jolie en *Salt* y Maria Dolores de Cospedal pasando revista a la tropa. Difícil visualizar una mezcla más surrealista, pero tienes que intentarlo. Cosas más extrañas vas a tener que imaginar si has decidido leer este engendro. Ve preparándote para lo que te espera.

Son las nueve *o'clock* cuando observo con delectación en el espejo del ascensor mi impecable media melena bob.

Suena mi móvil. Esto es un no parar desde las nueve de la mañana. Lo rebusco con impaciencia en mi *bowling* de napa Miu Miu verde fosforito.

Qué raro, es Mariló, mi secretaria.

—Almu... que el capo te está esperando.

—¿A mí? ¿Por qué?

—¿No recuerdas que te citó a las nueve en su despacho?

—pregunta atiplando peligrosamente la voz.

El mix de cereales se me sube al gaznate. Esto es una putada de la mal follada de mi secretaria que también me odia. No me ha dicho nada de la cita y lo sabe.

—Supongo que es una broma. ¡No me dijiste nada ayer!

—grito olvidando que lo que pretende es verme desquiciada.

—¿Ah, no? —responde, la muy zorra, fingiendo un desconcerto que no siente en absoluto.

—¿Por supuesto que no! —Esta vez el grito se convierte en un bramido tipo reno macho en celo vagando por los fiordos noruegos.

—Oye, a mí no me grites así. —Levanta el tono de voz fingiéndose ofendida, seguramente para hacerse la víctima delante de sus compañeros. La conozco, este truco lo ha empleado otras veces. Lo menos que puedo hacer es intentar humillarla.

—¿Por qué me has llamado a mi número privado?

—¿Quizás porque te has dejado en la mesa el móvil de trabajo? ¿Eh?

Imagino cómo aparece una lengua bífida zigzagueante entre los dientes irregulares y amarillentos de su sonrisa de víbora.

Pero hacen falta muchas comemierdas como esta para desquiciarme. Contengo la respiración y resoplo.

—Pásame con Tony —mascullo.

Mientras espero escuchar la voz de Antonio Redondo,

un tipo educado y afable, director del Grupo ROT Management, me pregunto quién habrá elegido los gorgoritos de Pablo Alborán de melodía de fondo. Joder, qué empa-cho de tío. De potar.

—Dime, Almudena.

—¿Tony? —pregunto innecesariamente.

—Sí. ¿Qué te ha pasado esta vez?

Como si mi impuntualidad fuera habitual. Mal rollo.

—Que la becaria enchufada que me has puesto de secretaria no me avisó que tenía cita contigo.

—Pues ella dice que sí.

Esto es indignante. Debe ser la crisis. Ya no hay ni clases. No le oculto mi sorpresa. Es más, la exagero.

—Es alucinante, Tony. Supongo que no me habrás desautorizado delante de ella.

Silencio sideral. Mi jefe necesita abreviar. Ya digo que es un tipo afable, pero es el comienzo de una mañana llena de citas y no tiene ganas de discutir.

—Es igual. ¿Cuándo llegas?

Respiro profundamente.

—Media hora —respondo haciéndome la digna.

—Venga, vale.

El portero me mira sabiendo que voy a pedirle algo. Que mueva el culo, joder. Menudos aguinaldos le suelto en Navidad.

—Alfredo, páreme un taxi, por favor, es una emergencia.

¿Qué puede querer decirme Tony a solas? Quizás piensa darme más responsabilidades y de momento no quiere que los demás se enteren. Desde luego, el tío tiene que

flipar con mi creatividad y mi capacidad resolutive. Si yo fuera él, valoraría muchísimo tener una empleada como yo. De hecho, en cuanto consiga sentarme en su sillón giratorio, no sé si ortopédico o anatómico, van a cambiar muchas cosas en Grupo ROT Management. Y a desaparecer otras. La primera, mi secretaria, con una patada en el coño.

En el trayecto voy descartando hipótesis normales y otras mucho más absurdas y peregrinas. La más absurda de todas es que el viejo se haya enterado del rollo que tuve con Eduardo. No puede ser. Yo, desde luego, no he hablado de esto con nadie, y Eduardo seguro que tampoco.

¿O puede que sí? Ahora que lo pienso creo que se lo conté a alguien, aunque muy por encima, o sea, sin entrar en detalles. Algo así como: «Me he acostado con Eduardo en su casa. Me lo cepillé después de la cena de directivos en DiverXo. Fue el polvo más increíble de mi vida. Y yo, fijate qué casualidad, llevaba en el bolso unas esposas de plumeti y un látigo de cuero. Así que nos lo montamos en plan *Cincuenta sombras de Grey*. El tío flipó. Me ha propuesto que sigamos viéndonos».

Esto sí que me suena que se lo he contado a alguien. ¡*Oh my God!* Intento recordar a quién. Creo que a mi hermana. Y a Maca, claro. A Maca, seguro, es mi mejor amiga. Y quizás a Marta. No lo sé. Bueno, y a mi hermana se lo conté porque justo me llamó al día siguiente para decirme que alguien me había visto en un bar de copas de la Moraleja a las tres de la mañana. Si no, no se lo cuento ni muerta. Y también porque me pilló en baja forma con la resaca descomunal que tenía. Ya te digo, fue una noche

loca, una orgía, un desmadre. No me pegaba una pasada de esas desde la despedida de soltera de Lucy.

Pobre Lucy, mira que le dije: «No te cases, tía, y menos con Andrés, que es un dependiente emocional de libro». Le ha durado ocho meses. Después de la movida del bodorrio que organizaron, incluido el viaje a Bali. Que no sé qué empeño tiene la gente en irse a Bali, con la horrible humedad que hace allí; estás todo el día con los pelos que pareces una fregona.

Pero descarto esa hipótesis, no puede ser, ninguna de ellas conoce ni a mi jefe ni a Eduardo ni a su novia. Es una paranoia mía. Lo que seguro no le dije a mi hermana es que el tal Eduardo es el novio de la hija de mi jefe. Bueno, más que novio, que se van a casar dentro de dos meses. La que me hubiera montado. Mi hermana es una aguafiestas y una estrecha, no me extrañó lo más mínimo que Fernan la dejase colgada con las mellizas.

—Pare aquí —pido al taxista.

Prefiero que no me deje enfrente de la puerta principal. Entraré por la lateral, y de paso miro mi casillero.

No quiero encontrarme con nadie. Me coloco mis maravillosas gafas Prada y camino deprisa. A pesar de todo, Luisma me intercepta el paso.

—¡Almu! Guapa, cuánto tiempo.

Mentira, nos vimos hace unos días en la reunión mensual de directivos. Precisamente el día de autos, aunque Luisma no fue a la cena. Su novio no le deja ir solo a ningún sitio. Y luego dicen que los gays son promiscuos. ¡Bah! leyendas urbanas. Son lo más convencional que te puedas echar a la jeta. Fíjate que están todos locos por casarse.

Sonrío sin demasiado interés.

—Lo siento, Luisma, tengo una cita y llego tarde.

—¿Ah, sí? ¿No será con Tony?

Me paro en seco y, un instante después, me detengo en su expresión. Parece inquieto y excitado. Algún detalle que yo desconozco le hace mucha gracia. Parece como si quisiera ocultar una risita nerviosa.

—Pues sí, con Tony. ¿Por?

—Hostía, tía. Menudo marrón. Paula se ha enterado de todo. Sabe lo tuyo con Eduardo. ¡Puaf! La que se ha montado.

No doy crédito a lo que oigo. De pronto siento como un vahído, una especie de mareo me hace pensar que voy a perder el equilibrio y a caer de bruces en el puto suelo. Quiero hablar, preguntar, pero dudo que salga de mi garganta algún sonido inteligible.

—¿Qué... qué... ? ¿Cómo es posible?

Luisma se encoge de hombros. ¿Qué clase de pregunta chorra es esa? Pero parece que se compadece de mí. Tiene otra expresión cuando responde:

—Sí, Almu y te advierto que lo sabe todo el edificio. Dicen que Paula le ha montado tal pollo a Eduardo que, de momento, han anulado la boda. Te lo digo porque, a pesar de todo, te considero una amiga.

¿A pesar de todo? ¿A pesar de qué? Noto en su mirada un lejano y oscuro rencor. ¿Por qué?

No tengo tiempo de preguntar tonterías ni me interesa lo que este cotilla impresentable piense de mí. Tampoco puedo desmayarme, ni llorar ni patalear. Tengo que pensar rápidamente qué le voy a decir a Tony. Hoy es martes.

¿Cuándo me cepillé a Eduardo? El jueves por la noche. ¡Hombre tenía que ser! Qué estúpido y qué torpe. Cómo te pueden pillar tan rápido. Has caído como un conejo, tío.

—Gracias, Luisma, pero la historia no es ni mucho menos lo que te imaginas.

Precisamente a Luisma le jode que ni me desmaye ni llore ni patalee, por eso vuelve a su risita floja.

—Lo que se dice en estos casos es: «Puedo explicarlo, no es lo que parece».

—Ya, muy gracioso. Pero te juro que esto no va a quedar así.

Sin más preámbulos, comienzo a ponerme en mi rol de víctima propiciatoria. Me quito las gafas con gesto brusco y desafiante y repito muy despacio:

—Gracias, Luisma.

No espero su respuesta y sigo mi camino guardando una exquisita verticalidad. Esta es precisamente la actitud que tengo que adoptar. Fuerte, decidida, invasiva, incluso. Tony no se atreverá a prescindir de mí. Primero, porque siempre será la palabra de Eduardo contra la mía. Y después, porque Antonio Redondo es íntimo amigo de mi padre. Soy una recomendada de alto *standing*. Agradecida tenía que estarme la tal Paula y toda su familia por desenmascarar a semejante canalla.

Así mismo se lo diré. Es fantástico. Qué imaginación portentosa la mía. ¿Soy o no soy una mente privilegiada? ¿Tú crees que a alguna Betty *la fea* de esas que pululan por ahí se le hubiera ocurrido una respuesta tan ingeniosa?

La mejor defensa es un buen ataque. Por eso cuando Tony me invita a sentarme frente a él, permanezco de pie

mirándole fijamente. ¡Oh, Dios, si consiguiera que se me humedecieran los ojos seguro que podría enternecerle, y tampoco me vendría mal!

—Lo sé todo, Tony —comienzo con voz patibularia—. Sé por qué quieres hablar conmigo, pero voy a ser yo la primera en poner mi puesto a tu disposición. Renuncio a mi cargo, pero con la conciencia muy tranquila.

—Siéntate —repite, no sé si con gesto sorprendido o indiferente.

Hace un largo silencio que no sé si debo romper.

—Lo hice por ti, Tony —susurro al fin sin poderme contener.

Mi comentario le desborda, le descoloca.

—¿Por mí? —pregunta sin terminar de creérselo.

—Sí, por ti. Porque te estoy muy agradecida. Cuando tus socios dudaban en darme un puesto de tanta responsabilidad, tú siempre confiaste en mí. Y eso nunca lo voy a olvidar. —No puedo permitir que me interrumpa, es mi oportunidad.

»Yo sabía que Eduardo era un golfo y un sinvergüenza. Pero antes que nada quiero que sepas que entre nosotros no pasó nada. Apenas unos besos. (Opto por no añadir «sin lengua»). Quería comprobar si las insinuaciones que me dedicaba últimamente, eran lo que me imaginaba. — Observo que Tony me mira con un gesto raro, como si pensara: «Lo mismo esta se mete farlopa desde por la mañana», pero continuo imperturbable—. Cenamos y se ofreció para llevarme a casa. Fue precisamente frente a mi portal cuando se abalanzó sobre mí como un loco soltando obscenidades. Entonces le aparté con firmeza

y le dije: «Lo siento, Eduardo, pero yo no puedo traicionar a Paula... y como no le cuentes tú este incidente, me verá obligada a contárselo yo. Paula no se merece esto». —Hago un pausa para parecer más creíble y añado—: Eso fue todo Tony, salí del coche dando un portazo.

Suspiro al terminar mi perorata logorréica como si descansara después de soltar un pesado lastre. Tony, que es un viejo zorro, no se inmuta. No sé por qué me sigue dando la sensación que se pasa mi justificación por el forro de los cojones.

—Almudena, no me interesan tus explicaciones, ni me las creo... Según me han informado, no solo te has cepillado a Eduardo sino a media plantilla de esta empresa. —Se encoge de hombros—. Pero eso tampoco es de mi incumbencia. Solo quería advertirte de cómo están las cosas; y en cuanto al tema de Eduardo, solo puedo darte las gracias.

Aunque lo intento, no puedo cerrar la boca. Temo que se me haya descoyuntado la mandíbula.

—¿Las gracias?

—Sí. A dos meses de la boda, tú has sido la gota que ha colmado el vaso. Gracias a ti... y a otras como tú... —Hace un paréntesis con toda la intención—. Mi hija ya no se casa con ese cabrón impresentable. Aunque te sugiero que no cuentes esa milonga a nadie, porque se van a partir el culo de risa. —Se detiene unos segundos antes de continuar—: Le estábamos haciendo un seguimiento, en fin, tú ya me entiendes. Todavía no he visto las fotos, pero creo que en todas apareces en actitudes y poses poco recatadas. Así que no te hagas la digna.

Esto es más de lo que una *superwoman* puede soportar. Fíjate de lo que me acuerdo en este preciso instante. Yo no creo en los horóscopos, pero hace unos días, probablemente la víspera de mi orgía sexual con Eduardo, mientras esperaba mi turno en la peluquería, leí mi signo en una revista del corazón. Bueno, pues me lo clavó todo. Aún lo recuerdo:

Mujer tauro: «Grave incidente con tu superior en la oficina por un asunto amoroso. Pésimas previsiones laborales para el futuro».

Como lo oyes. Te lo juro.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunto temiéndome lo peor

—Por mí, nada —dice encogiéndose de hombros.

—¿Y Paula?

—Ah, no lo sé. Ya te arreglarás tú con ella.

—¿Puedo marcharme?

Su gesto se enturbia. Ya sé que es una expresión literaria, pero es real. Su rostro se vuelve grisáceo y el blanco de sus ojos se llena de venillas sanguinolentas.

—No. Hay algo más que quiero decirte.

¿Algo más? ¿Es que puede pasarme algo más? Me revuelvo en el asiento intentando disimular el incipiente ruido de mis tripas. Es verdad que soy una *superwoman*, pero lo emocional es mi punto débil. Mis intestinos no perdonan. Me va a entrar una cagalera de muerte.

—Tú dirás, Tony.

Rebusca entre sus papeles un gráfico plastificado que reconozco.

—No has conseguido ninguna cuenta nueva. Tu *target*

ha bajado cuatro puntos en el último trimestre. —Me muestra el gráfico con los siniestros picos descendiendo casi hasta el borde de la página—. Si en los próximos quince días no revierte tu perfil, me veré obligado a rebajar tu asignación por dietas en un cuarenta por ciento —concluye su amenaza con un cabeceo afirmativo.

¡Hostia! ¡Cuarenta por ciento! Me quedo sin palabras mientras intento calcular *grosso modo* la merma que supone en mi sueldo esa brutal rebaja.

—Pero Tony... es la crisis —gimo intentando dar pena.

—No puedo hacer excepciones, Almudena. Tira de agenda. Tienes buenos contactos, utilízalos.

La desesperación se apodera de todo mi aparato digestivo, también del excretor. Espero que mis esfínteres aguanten la embestida.

«Mi padre me salvará», pienso. Soy su hija, tiene que velar por mí. Ojalá que las prácticas sexuales de la puta venezolana que se lo está trajinando no le hayan secado el cerebro, como dice mi madre.

—Tengo algo en perspectiva —miento descaradamente—. No te lo quiero decir hasta tenerlo amarrado —rubrico con un gesto absurdo de la mano.

—¡Ah! Muy bien, me alegro. Claro que sí. Tienes quince días para cuajar el proyecto —dice abriendo mucho los ojos.

A estas alturas de la conversación ríos incontenibles de lava sulfurosa recorren mis vísceras. Se veía venir. El retortijón final suena en medio del despacho como una erupción del Cracatoa. Y en un delirio semántico demencial, solo se me ocurre pensar en la concomitancia

de Cracatoa y caca toa. ¡*Oh my god!* Seré una *superwoman* pero qué loca y qué desesperada estoy.

—Entonces... —digo por decir algo.

Tony guarda celosamente mi gráfico apocalíptico en su lugar y reordena su mesa negra de diseño.

—Parece que has venido sin desayunar y tu estómago protesta. Si no te importa, tengo unas llamadas que hacer antes de la reunión. —Mira su reloj—. Dentro de media hora. Te da tiempo a tomar algo.

Salgo torpemente de su despacho apretando mentalmente mis descontrolados esfínteres y mi culo, *of course*. He aguantado el tipo, pero no soy de piedra. Mis tripas, ya sin ningún tipo de comedimiento, hacen un ruido ensordecedor. Necesito ir al baño urgentemente, por eso, mi secretaria, que está empeñada en joderme la vida, sale a mi encuentro con unos papeles en la mano.

—Me tienes que firmar esto.

—Ahora no puedo —respondo sin mirarla.

—Aquí no se ha comentado nada de lo tuyo —insiste con esa machaconería propia de los gafes recalcitrantes—. Lo que pasa es que os vio uno de Contabilidad en un bar de la Moraleja.

¡Joder! ¿Pero por qué estaba todo el mundo esa noche en ese putito bar? Y ahora soy el cachondeo de toda la oficina, tal vez de todo el edificio...

—¡No quiero saber nada de ese tema! ¿Has oído?

Pero ella no está dispuesta a soltar a su presa.

—Paula ha preguntado varias veces por ti, quiere hablar contigo —añade sin poder ocultar el regocijo que brilla en su mirada.